

dad eterna y una maestra constituida por Dios la declara. ¿Qué, verdad de tal origen, referente á uno de los efectos más importantes de la Redención, habrá de ser infecunda, cuando como toda verdad evangélica, es espíritu y vida? ¿Qué, la Iglesia, médico divino é infalible, querrá emplear como medicina meras fórmulas estériles y vanas?

Por eso el jesuíta Bainvel, ha dicho admirablemente, explicando la ley de acciones y reacciones por la cual el dogma influye sobre el sentimiento y las costumbres de la Iglesia, y éstos sobre el dogma:

“Lo que hace las leyes de la Iglesia tan vivas y fecundas, es que son en el último grado leyes populares, porque la letra de una ley es muerta cuando su espíritu no está en la vida y en la práctica, antes que en los códigos, cuando no brota espontáneamente de las necesidades y de las aspiraciones del pueblo, cuando no se halla en el sentido de un movimiento general, del cual asegura el rumbo y la regularidad.

“Hay acciones y reacciones de la práctica sobre la idea y de la idea sobre la práctica, que constituyen uno de los caracteres de la vida en la Iglesia. El culto y la devoción hacen progresar la doctrina; el amor en el catolicismo estimula la ciencia. La doctrina se expande en amor y acción: la luz en el catolicismo se convierte en calor y movimiento.” (10)

En verdad, el dogma ha producido en la Iglesia efectos admirables, reacción natural, por una ley de su constitución que hemos explicado, siquiera sea confusamente, contra los males que la rodeaban y solían invadir su propio recinto.

La declaración de la Inmaculada allanó el camino de la Infalibilidad y la apresuró extraordinariamente, quizá suprimiendo entre ambos un abismo de siglos. El mismo Pío IX creyó entonces en esa relación extraordinaria, sobrenatural quizá, y hoy los teólogos é historiadores que estudian este punto, consideran una declaración como consecuencia de la otra, relación admirable que demuestra la acción providencial en la historia y comprueba la virtud maravillosa del homenaje rendido en 1854 por doscientos millones de hombres, á la que es Auxilio de la Cristiandad. El mismo Bainvel dice:

“La vida del dogma se ha manifestado, sobre todo, en este siglo, por dos definiciones solemnes: la de la Inmaculada Concepción, el 8 de Diciembre de 1854; la de la Infalibilidad pontificia en el Concilio Vaticano, el 18 de Julio de 1870.

“Estos dos hechos aparecen en la historia, ligados entre sí. El mismo Papa pronunció las dos sentencias irrevocables, y ha querido que el Concilio, destinado á definir la infalibilidad, se abriese el 8 de Diciembre, bajo los auspicios de la Virgen, que quince años antes había proclamado Inmaculada.” (11)

La Infalibilidad únicamente pudo dar á León XIII autoridad bastante para restaurar una filosofía que el mundo creía muerta y apoyar en ella, por lo que toca á los *preámbulos de la fe*, la apologética católica que antes se levantaba insegura y vacilante sobre terreno movedizo.

Lo que ha ganado la Iglesia unificando su filosofía es indecible; lo que ganará el mundo con ello no puede calcularse tampoco. Pío IX pedía á la Virgen Inmaculada el remedio contra el naturalismo y Dios lo envió en la filosofía del Angel de las Escuelas que León XIII sacó debajo del polvo de los tiempos. Esa filosofía gana á menudo grandes inteligencias; no tiene en realidad á su frente más que un positivismo desacreditado é indocto, y un kantismo caduco sin ningún campeón de renombre; llegará un momento en que prevalezca en las universidades y centros científicos y entonces las muchedumbres afluirán á la Iglesia, porque esa filosofía es su grandioso pórtico.

Al amparo de la Reina Inmaculada nació á principios del siglo XIX una milicia nueva, la milicia seglar, como bajo el estandarte de María triunfaban las naves aliadas en Lepanto y los húsares de Juan Sobieski arrollaban á los musulmanes en Viena.

Esa malicia, después de la declaración del dogma, se presenta más disciplinada, más sumisa á los Obispos, sus jefes naturales, más resuelta y más numerosa, prometiendo para un porvenir no remoto, constituir, en donde quiera que el catolicismo plante sus reales, falange tan fuerte como activa, capaz de emprender las cosas más arriesgadas y alcanzar las victorias más gloriosas.

En nuestro propio país, aunque tan pobre de letras y de ciencias, el apostolado seglar ha tenido campeones insignes, eternos modelos que no dejarán de encontrar en cada generación nueva más y más entusiastas imitadores.

Como en el desierto, en el lugar sobre que se cierne el águila, brota una fuente de aguas vivas, al elevarse el dogma en la Iglesia brotó en la tierra un venero de milagros.

El manantial de Lourdes, la nueva piscina de Siloe, es fuente que, abierta al contacto del dedo de una niña pastora y al mandato de María Inmaculada, renueva las maravillas del Evangelio, las de las tradiciones medioevales, y sella los labios de la sátira impía, personificada en Heine que gritaba proclamando el triunfo del racionalismo: "La Madre de Dios pierde la corona del cielo y se le prohíbe hacer milagros."

(12)

La púrpura de la verdad es el martirio—hemos dicho antes—y el dogma de la Inmaculada ostenta esa vestidura real. La caridad encendida por la luz solar de esa verdad inefable, llevó también muchas almas generosas á las misiones entre gentiles, á millares de vírgenes al claustro, á muchas á los hospitales y á las ambulancias, y se dió el caso admirable de los misioneros en la isla de los leprosos, sacerdotes que llenos de salud y de vida, iban á desafiar la más repugnante, lenta y tenaz de las dolencias, á perecer después poco á poco al influjo de su veneno roedor, para consolar los dolores del apestado con sus palabras de amistad, fortificar su espíritu con la ministración de los sacramentos, y enseñarles con el ejemplo más elocuente, lo que la caridad puede en la tierra y lo que merece para el cielo. (13)

Los males descritos nos dicen lo que reclamaba el auxilio de María; los efectos narrados, la gracia que derramó sobre la tierra, correspondiendo al homenaje de Pío IX.

Y muy atrás de la realidad nos hemos quedado verdaderamente al describir esos efectos, forzados á ligeros esbozos, cuando quisiéramos haber trazado un cuadro completo del siglo de María.

Interesante é instructivo hubiera sido también exa-

minar en nación por nación la influencia del dogma, comparando el estado del catolicismo en cada una al principio y al fin del siglo XIX, comparación que acabará por demostrarnos—como dice el P. Forbes—que esa época ha sido para la Iglesia edad magnífica de resurrección y progreso. (14)

La lucha en todas partes ha durado casi sin cesar, y en algunas como en Francia se ha recrudecido últimamente, hasta tomar la forma de verdadera crisis; la Iglesia ha sido despojada en muchas partes, de sus sagrados derechos, y el Papa es prisionero en su propio palacio; pero ¡qué unión entre el Pontificado y el pueblo! ¡qué prestigio el de la Santa Sede entre protestantes y gentiles! ¡qué incremento del catolicismo en toda la tierra! ¡qué conversiones de hombres notables por la posición ó el talento! ¡qué triunfos de la apologética sobre la falsa ciencia! ¡qué demostración, patente ya para todo hombre semi-ilustrado, de que el catolicismo no pugna con la civilización, ya en el orden científico, ya en el político y social, demostración vencedora en esta última esfera, de aquel error funesto, según el cual la religión y la monarquía estaban tan estrechamente vinculadas, que la primera tenía que caer á la ruina de la segunda!

Desde luego, en las naciones católicas han cesado, ó están á punto de desaparecer, gérmenes de herejía como lo eran el galicanismo, el josefismo y algún resabio de jansenismo, desaparición que es efecto evidente de la Infalibilidad y de la Inmaculada. Ya se comprenderá que, arrancada la zizania del campo de la Iglesia, la cosecha debe ser cada vez más abundante y opima.

Monseñor Baunard, después de describir lo que llama en su patria el peligro exterior (EL ANTICLERICALISMO), y el interior, quizá más temible y que consiste por un lado en la degradación de los caracteres, resultado natural de lucha tan larga y fatigosa; la indolencia con que se contempla la injusticia; la indiferencia hacia el error á fuerza de familiarizarse con él, y por otro, ciertas tendencias democráticas, excesivas y licenciosas, amenazadoras del mismo santuario; una audacia increíble, temeraria, en la interpretación bíblica, y perversión del sentido religioso, que

produce *devoción sin doctrina, prácticas sin virtudes, hábitos sin convicciones*; después de pintar cuadro tan desconsolador, descubre con mirada perspicaz, tras de esos vicios, el fondo verdaderamente cristiano de Francia, y reanima el ánimo abatido con estas palabras de aliento:

“Pero cuando dirijo la vista á los profundos recursos cristianos que Francia atesora en su seno, me tranquilizo enteramente: en ellos está la vida, la esperanza, la fuerza. Recuerdo lo que he escrito en este libro acerca de la caridad, del apostolado, de las misiones, del martirio, de la unidad romana, de la contemplación en los monasterios, de la santidad y de los santos; y en el orden sobrenatural contemplo á Jesu-Cristo, á su Corazón, á su Eucaristía, á Jesu-Cristo amado, á su santa y poderosa Madre glorificada, y me parece que se alían para salvarnos las fuerzas de la tierra y del cielo.

“Donoso Cortés lo había predicho: es la lucha tempestuosa de las tinieblas y la luz que caracteriza en la historia las épocas de transición, lucha que habrá de cesar “ cuando claridad brillante, descendiendo del cielo, rasgue las nubes y deje ver las palomas alzar el vuelo hacia el Oriente y las harpías huir hacia el ocaso.” (15)

Y España, la madre España, ¿será la misma en tiempo de Carlos III que la España actual, ahora que por gracia de Dios las conciencias de los reyes ya no influyen tanto sobre la conciencia de los pueblos? En España, la acción de Roma que hace cien años hubiera sido ineficaz para evitar atentados tan horrendos como la expulsión de los Jesuítas, ha bastado á mantener la paz, encadenando, como Cristo la tempestad, las desatadas pasiones de los partidos. La religión en España sin la intrusión regalista de los gobiernos, y si llega á establecerse entre ambos poderes verdadera concordia, va á asombrar á la tierra con sus sabios y con sus santos. Que de Roma dependa la formación del Clero, y la patria de los Ignacios, de los Franciscos, de Suárez y de Balmes, verá renovarse las glorias más puras de la Iglesia española.

Y ¿qué diremos de nosotros? ¿Será comparable nuestro catolicismo actual con el de los tiempos de los Bor-

bones, en que la religión casi sólo consistía en formas y no en doctrina, sentimiento y costumbres, por efecto del espíritu jansenista, que al abandonar el campo la Compañía de Jesús, se irguió vigoroso por reacción natural?

No lo digo yo, lo dice el primero de nuestros historiadores, el gran Alamán, el primero por lo sensato, ilustrado, perspicaz, verídico, y profundamente católico:

“Grande era el influjo del Clero por el triple resorte del respeto á la religión, del recuerdo de grandes beneficios y por sus cuantiosas riquezas. El pueblo, poco instruído en el fondo de la religión, hacía consistir ésta en gran parte en la pompa del culto, y careciendo de otras diversiones, se las proporcionaban las funciones religiosas, en las que especialmente en la Semana Santa, se representaban en multiplicadas procesiones, los misterios más venerables de la redención. Las fiestas de la Iglesia que debían ser todas espirituales, estaban, pues, convertidas todas en vanidad, habiendo muchos cohetes, danzas, loas, toros y juegos de gallos, y aun los vedados de naipes y otras diversiones, para celebrar á gran costa las solemnidades de los santos patronos de los pueblos, en cuyos objetos invertían los indios la mayor parte del fruto de su trabajo, y esta pompa profana con poca piedad, es lo que hizo decir al virrey que con frecuencia he citado, que “en este reino todo es exterioridad, y viviendo poseídos de los vicios, les parece á lo más, que en trayendo el rosario al cuello y besando la mano á un sacerdote son católicos; que los diez mandamientos no sé si los conmuten en ceremonias.” Los indios conservaban al clero regular el respeto que los primeros misioneros habían ganado, con el muy justo título de protegerlos contra la opresión, defendiéndolos de las violencias de los conquistadores, y siendo sus maestros no sólo en la religión, sino también en las artes necesarias para la vida. Este respeto, que llegaba á ser fanática veneración, nada tenía de peligroso mientras se tributaba á hombres venerables por su virtud, y el gobierno, á quienes eran muy adictos y obedientes, encontraba en estos ejemplares eclesiásticos su más firme apoyo; pero podría venir á serlo en alto grado, si corrompidas las cos-

tumbres del clero, éste, por miras particulares, quisiese abusar de este influjo, lo cual preveía el mismo ilustrado virrey, de cuya instrucción á su sucesor he hecho frecuente uso, cuando recomendaba á éste la circunspección con que debía evitar choques con los eclesiásticos, recordando acaso el motín contra el marqués de Gelves en 1624, "porque son capaces — dice—de atropellar el respeto de la persona, é inquietar los ánimos de los seglares, pues la cantidad de eclesiásticos ignorantes no es poca..." (16)

Creo que hemos ganado infinitamente. El libre pensamiento sin duda ha hecho algunas víctimas; pero la gran masa del país permanece católica, y creo que la religión es ahora más ilustrada, menos superficial, y, por lo mismo, más fecunda que hace un siglo. Si la paz dura, si el clero llega á disponer de mayores recursos para difundir la instrucción, libertándose cada día más de ciertas trabas legales, la religión va á producir en este país los más opimos frutos.

Imposible hablar de las victorias del catolicismo en el siglo XIX, porque para ello se necesitaría un volumen. No podemos abstenernos de decir, sin embargo, que en las naciones protestantes se ha verificado en favor de la religión una verdadera maravilla. Las ideas son como los ríos—decía un escritor—jamás retroceden á su fuente, y Donoso Cortés exclamaba: "los individuos se convierten, los pueblos nunca." Ambos tenían razón, porque hablaban refiriéndose al orden natural, y precisamente porque la tenían, la conversión de Inglaterra, de Alemania, de Holanda, de Suiza, de Dinamarca y de Suecia, resulta un milagro.

En todos, los adelantos del catolicismo en el siglo XIX han sido asombrosos, pero principalmente en los tres primeros países.

Bossuet profetizaba la conversión de Inglaterra, fundado en el afán con que sus teólogos estudiaban los Santos Padres. Y en verdad, de Oxford ha salido para la Gran Bretaña la luz que iluminó á Newman, Manning, Faber, Rivington, Ward, tantos y tantos teólogos insignes, que, enamorados de las antigüedades cristianas, cavaron con ahinco en el polvo de los primeros siglos del Cristianismo, descubriendo asombrados que la fe de la Sede Romana en la edad presente, es la

misma que en los primeros cuatro siglos, la de San Clemente, San Ireneo, Tertuliano, Orígenes, San Cipriano, San Atanasio, San Basilio, el Crisóstomo, San Ambrosio y San Agustín.

Y en Inglaterra las conversiones se suceden á las conversiones. (17)

En 1800 en el Reino Unido, con excepción de Irlanda, sólo había seis vicarios apostólicos, y 120,000 fieles, y ahora la jerarquía se reconstituye por el gran Pío IX; el Primado es Cardenal, 3,000 son los sacerdotes que le obedecen, y dos millones los católicos.

Lo que la teología estudiada con desinterés, ahinco y discreción, hizo en Inglaterra, logró la apologética en Alemania, la patria de los grandes apologistas. Allí no había que combatir al teólogo fanático, encerrado como un molusco en añejos prejuicios, sino al filósofo germánico, aislado en su orgullo, como una isla del Norte rodeada de tenebrosas brumas. Es imposible dejar de decir los nombres de Hettinger (quizá el más grande de todos), Schanz, Gutberlet, Wilmers, Weis, Keller, Goerres. (18) En Alemania, en 1800, los católicos eran seis millones en Prusia, (algunos más sin acción común entre sí, en otras partes); en 1900, 18.000,000, y en el Reichstag cuentan con un partido poderosísimo é influyente, de acción muchas veces decisiva en los debates, el Centro, por tantos años acaudillado por el egregio Winhorst, el gran anciano, qué conjunto armoniosísimo de ciencia, cordura, actividad, energía, desinterés, nobleza, valor, ha sido en el siglo la personificación del derecho católico.

No hay nación protestante en Europa en donde el catolicismo no haya progresado de manera asombrosa; y en cuanto á los Estados Unidos de América, ¿quién no sabe que en 1800 sólo contaban con 30 sacerdotes y 20,000 católicos, y que ahora los primeros se han convertido en 84 obispos, 14 arzobispos, 9,000 presbíteros, y los segundos en DOCE MILLONES DE FIELES! (19)

¡Bendita sea esa tierra de libertad! Lo que en Inglaterra hizo la teología (me refiero á los medios humanos) y la filosofía y la apologética en Alemania, en los Estados Unidos se realiza por causa de una constitución libérrima, honrada y lealmente practicada y

por virtud del buen sentido del pueblo más práctico de la tierra.

Ya lo véis, la teología desinteresada, es católica; la filosofía sin orgullo, es católica; el buen sentido de un pueblo libre, es católico; y católica es la libertad, que basta para ello el que haya tenido su cuna al pie de la Cruz.

¿Y no mencionaremos á los pueblos mártires de Irlanda y Polonia? Ni la tiranía humanamente incontrastable de Isabel de Inglaterra y de sus sucesores, ni el despotismo peor aún de los autócratas de Rusia, han logrado arrancar el catolicismo de esos dos pueblos fieles. Cásase primero el verdugo de oprimir, que la fidelidad de padecer, y en ambas naciones ya corren vientos de libertad. “El cismático ruso—dice Forbes—había jurado exterminar el catolicismo en Polonia; pero esta nación heroica cuenta hoy con . . . 6.214,500 católicos, y solamente 398,000 cismáticos, no polacos la mayor parte. (20) En cuanto á Irlanda, ya la gran idea de Gladstone que, como generosa y noble tiene que ser fecunda, germinará alguna vez. El pueblo que durante más de tres siglos resiste el despotismo protestante y conserva su fe, el pueblo de O’Connell, va en camino de la libertad y la conquistará muy en breve.

Tal ha sido en conjunto el siglo de la Inmaculada. El naturalismo parecía que iba á sepultarlo en su marea de sensualidad, de indiferencia ó de negación; pero brilló sobre aquel océano tenebroso la Estrella de los mares, y se detuvo el abismo en su conquista.

La gran elocuencia de Bossuet, prorrumpía hace más de dos siglos en estas asombrosas palabras: ¡Oh Jesús, vencedor omnipotente! ¿qué, sólo á este punto (*) no se extenderá vuestra victoria? Vuestra sangre, ese divino remedio que tanto poder tiene para librarnos del mal, ¿no lo tendrá para prevenirlo? ¿Podrá curar tan sólo y no preservar? Y si puede preservar del mal, ¿quedará esa virtud eternamente inútil, sin que alguno de vuestros miembros sienta sus efectos? Salvador mío: no lo permitáis, y para mayor

(*) El de la Concepción de María.

gloria vuestra, escoged al menos una criatura en la que aparezca todo lo que puede vuestra sangre contra esa ley que nos mata. . . . ¿y cuál será esa criatura si no la bienaventurada María?” (21)

El pensamiento del primer orador cristiano, nos sugiere la última reflexión con que cerraremos este libro: la fecundísima sangre de Cristo, no solamente remedió, preservó.

La misericordia que reparaba la naturaleza caída, quiso también realizar el ideal de la naturaleza sin mancha. El milagro de la Inmaculada no es de reparación, sino de preservación, y por eso la Virgen María, si como Madre enjuga nuestras lágrimas, como Inmaculada nos preserva del mal. Pío IX al proclamarla, no quería sólo remediar el presente, sino conjurar el mal futuro. “Madre—exclamaba en su corazón el gran Pontífice—Madre de la Misericordia, obténos el perdón; pero Virgen exenta del pecado, libranos también de los efectos de la culpa.”

Pío X renueva el gran acto del Pontífice de María; la tierra toda se postra de nuevo á las plantas de la Inmaculada. Ya hemos visto que en su siglo muchas corrientes de mal han retrocedido á su origen, ó se han detenido en su curso. ¡Cuántas tormentas se estarán disipando en desconocida lontananza!

